

LUIS GUILLERMO PIAZZA

EN EL PRINCIPIO...

El hotel Altavista en San Miguel tiene una especie de torres que a pesar de la hiedra y el moho y la pátina del tiempo misericordioso no terminan de reconciliarse con el resto de la arquitectura del albergue pero tratan de competir con las torres de la iglesia más cercana —la de la cúpula inspirada en Les Invalides de París, no la del albañil de iniciativa privada que tuvo por modelo una postal del Duomo de Milán. Desde que el mundo es mundo los hombres se han propuesto empresas elementales como seducir monjas, redimir prostitutas, dejarse barbas o bigotes en señal de ideología y elevar campanarios sin campanas. ("No le veo la relación", diría inmediatamente Scherezada: por cierto es ella una de las dos razones por la que estoy aquí y, un poco menos intranquilo aunque bastante propenso al remordimiento, me dejo llevar por estas imágenes caóticas a la manera en que un niño se masturba después de un regaño.)

Las torres del hotel, falos patéticos como casi todo lo que uno ve por ahí, hongos, cabeceras de cama, palos de béisbol, son el orgullo del hotelero: el señor Lindosio Rabinez, próspero revolucionario de fuertes bigotes negros encerados y una gorgueresca barba apenas entrecana a la que todas las noches recoge amorosamente en una bolsa de plástico por encima de la sábana y la frazada, como dicen que hacía don Venustiano Carranza. Lindosio,

Lindosio el implacable, célebre desde que siendo Presidente Municipal, desplegó aquella feroz campaña para acabar con todos los de pelo largo —por maricones—, en lo que quedaron involucrados sorpresivamente los sabios asistentes a un congreso internacional de antropología, algo muy comentado tanto en *The New York Times* como en *El Clarín* de San Miguel.

En lo más alto de las torres hay extrañas habitaciones como ésta que ahora ocupo: cuarto redondo de insoportable simetría, desde el centro exacto de la bóveda gótica cuelga el enorme candelabro de gruesas velas que cuando se encienden dejan caer sus goterones sobre la ampulosa cama redonda ("obscenos mocos uterinos" "charcos de semen congelado", dicit Scherezada, que como buena sulamita no sólo huele estupendamente a sexo sino que huele sexo en todo lo que ve o toca; mujer de cuya ausencia afortunadamente aprovecho esta vez para procurarme visiones distintas). El candelabro, con sus consecuencias, puede bajarse a voluntad hasta casi incorporarlo al lecho como un ritual de misa negra, burlando el juego natural de los resplandores y las sombras, exacerbando el calor de nuestros cuerpos y su morbo, que del mío no hablo. Así sucedió muchas veces y ahora parece mentira o un recurso literario, solo como estoy y aparentemente exento del compromiso de satisfacer a una mujer.

Aparentemente...*

Como animal enjaulado
como animal en la noria
como figura de carrusel
como falso vigía

como desprevenido turista en el *Aleph* o en *El Castillo*
como guardafaro hastiado de su faro y del paisaje previsible
a todo alrededor
como chico bueno americano que acecha desde lo alto para matar
familia o enfermeras
como bebé desolado en un andador inmóvil
como católico en minarete musulmán
como indio en reservación
como el fantasma de Hamlet en Elsinor
a ratos como arterioesclerótico dando los primeros pasos lisiados
o como alacrán empeñado en acabar
mordiéndose la cola

por qué no como volador de Papantla
abandonado a su suerte
como mayate o chichifo inquieto dando toda la vuelta a la manzana

*Con otra mujer me he comprometido a recrear la vida de otra mujer. Ya hablaremos.



como bailarín prisionero del círculo de luz en el escenario

como luciérnaga

como polilla

o mejor a la manera de aquel tío mío que siempre sospechaba de los demás y para cada encuentro daba la vuelta completa mirando receloso hacia atrás por encima del hombro quizás como los pobres en el oasis de sol de *Milagro en Milán*

como San Simeón de Buñuel

como mal actor en escena de caer mortalmente herido

como cumpleaños vendado en busca de la piñata

como el dictador avisado de rebelión

como comulgante indeciso:

así me paseo por esta habitación en ésta *mi* torre, una gira* que parece eterna alrededor de la cama vacía, a lo largo de todo el espeso muro redondo, remordido por la culpa de no escribir lo que debiera estar escribiendo (como cuando estudiante leía las páginas que no correspondían al examen) y de estar obligado a escribir, de todos modos el oficio más cruel.

* excursión o viaje de una o varias personas por distintos lugares, volviendo al punto de partida.

A lo largo del entero círculo del muro también va el ventanal, periscopio fijo a la altura de mi cuello que soy yo quien debo recorrerlo para mirar rutinas de un pueblo de provincia, "harían tomas extraordinarias" (ella es de los que creen que Emiliano Zapata hizo lo que hizo para que Marlon Brando hiciera lo que hiciera en la película de Kazan, o que algún escenógrafo diseñó el Sahara para Lawrence de Arabia y Omar Shariff). Ventanas inconvenientes de abrir, como previene patriarcal y no sin razones don Lindosio, por propiciar el vértigo, el suicidio al que todos aspiramos "en el fondo" y por dejar salir la música de adentro.

Esto de la música es una ocupación permanente que el hotelero le ha asignado a su hijo menor. *El Tocas*, quien aprendió a tocar la armónica al mismo tiempo que a fumar marihuana y desde entonces no ha parado en ambos menesteres, prácticamente al unísono. Desde lo más profundo de las torres, ¿tal vez una bodega? un sótano, y con intervalos ya apenas sospechosos, los cantos se esparcen por los cuartos en espiral mediante un sistema no muy diferente al de las cañerías de calefacción.

Después de dos o tres estadas en este lugar, uno se acostumbra.

Lo bueno de *El Tocas* es que a su vez y a su manera él también parece recibir vibraciones desde los cuartos, y en rara alquimia su música se va adaptando a las más diversas ocasiones (*moods* dicen los





discos importados) de festividad, melancolía, orgasmo o pensamiento. Hasta sus silencios resultan apropiados; y en estas intensas pausas que se prestan a conjeturas mínimas, yo juraría que no es sólo la falta de canto que nos predispone a otro ánimo, habiendo observado como he observado que las cañerías también sirven para conducir aromáticos sabores de la *cannabis* y que esa embriagante bruma que se infiltra subversivamente no puede venir de afuera.

En estas circunstancias reviso el paisaje disponible. Crepúsculo. Las campanas de iglesias abrumadoramente próximas repican el Angelus. No puede haber hora más triste que ésta, a no ser en el trópico. A un costado el teatro con el nombre de una pianista que murió tocando; como de seguro morirá *El Tocas* un buen día de éstos. Le sigue el destaralado cuartel militar. Y un hotel de dudosa reputación junto a una casa de putas indudables. Más allá el instituto de arte, *Casa de la Cultura* como se acostumbra decir desde que Malraux hizo de las suyas ("en la Ciudad Luz", suele glosar con nostalgia la mujer del hotelero, cuarentaytantos años después de su viaje de bodas).

Sigo el círculo, miro los árboles, veo las chimeneas del hotel Colonial que es el más reciente: las últimas americanas desnudas que se asolean corren a refugiarse del repentino frío por la puesta del sol. Después el jardín central, ennegrecido por los pájaros ("son los de Hitchcock", ella, la ausente, que aprendió la Biblia por Cecil B. de Mille, ella, la desterrada), bichos siniestros que a esta hora puntualmente vienen a terminar de destruir la vegetación que el nuevo alcalde todavía ha dejado en pie.

Me aburro, el tedio de lo conocido matrimonial; además de la carne y los libros, la vista cansada. Ya sé que, como piedra en un lago, desde la plaza principal se esparcen y se desvanecen concéntricas la opulencia relativa y la miseria algo menos relativa. Después, ese alrededor como de silencio, árido, *de nadie*, para enseñorearse de nuevo bastante más allá la riqueza en el suburbio, amenazadoramente rodeado de una pobreza nueva. Ecos, ecos, ecos de ecos.

Si se pudiera ver hasta en lo último del horizonte, ya es tarde, allí estaría inconfundible *La Escondida*, escenario autóctono de depravación nocturna pueblerina, en donde según los decires suceden orgías de sexo, sangre y canibalismo. Pero a nadie le consta. Siempre testigos de testigos son los que cuentan historias. Como los ecos. Y quien por fin se dedica a ir, a presenciar una de estas noches ("¿qué no daría Polanski por estar allí!", ella naturalmente), será recibido escasamente con promesas eróticas, los olores malévolos y la inapelable advertencia de que es demasiado temprano, ya que por allí las cosas *se animan más tarde*.

Tengo que escribir lo otro

tengo que cumplir

quedar bien

uno nunca queda bien
sólo inmediatamente después del entierro

Miro abajo. El vidrio está frío. La torre cae a pico sobre el jardín apenas ocupado por matas aisladas, sombras confundibles con cualquier otra sombra a estas horas, y la piscina, pequeña, deforme, insolentemente iluminada. Ha callado *El Tocas*, podría pensarse que para siempre. Flota en el agua quieta de la alberca algo ovalado, una cuna, un canasto ("¡Moisés!", si ella estuviera, "como en Los Diez Mandamientos"), un botecito de plástico con un bebé de bracitos abiertos como niño Dios. El agua empieza a agitarse, primero levemente, después con cierta violencia. La nana al borde de la piscina, inconfundible en sus trenzas y su resignada parsimonia, de pie con un solo pie ha colocado el otro sobre el flotador traslúcido y los meneas, pie y cuna, los hunde, los rescata. La cuna se ha ido llenando de agua, el bebé boquea, agita los bracitos como si él exorcisara al agua inquietada, como si aplaudiera el Show de la Sirvienta Infiel. En los momentos en que todo se hunde, el morbosos reflector del fondo de la alberca no sólo atraviesa la canoa sintética sino que parece hacer transparente a la criatura.

Si grito, quién me oiría, de no ser el fantasma de Scherezada, que gozaría como loca ante esta escena con tantas opciones. Si lograra abrir una ventana, tarea de por sí ardua, lenta y peligrosa, mi voz no llegaría más allá de los protagonistas de la ignominia, y aún eso quién sabe ya que *El Tocas* ha retomado su infatigable tarea musical. Si me decido a bajar, ya no llegaría a tiempo

*Temporada de excusas
o Una de las dos razones para...*

La primera vez que me enteré de la existencia misma de Alzirinha Mendes da Costa, extraña mujer dispuesta a venir a México para contar su extraña historia con los detalles más escabrosos y hasta las últimas consecuencias (y lo más extraño aún: dispuesta a que alguien reescribiera su historia, la *interpretara*, a ella, imaginense), fue por una amiga común que acababa de llegar de París y ahí la había visto. "Es portuguesa —me explico Nina por teléfono—, muy mal de la cabeza la pobre, única sobreviviente de aquel accidente de avión en Brasil, en Recife creo, después la internaron en una clínica suiza en donde estaba todo el Jet Set, los hijos descarriados, *les Bêtes noires*, usted me entiende, *fin de raza*... esas grandes familias todas tienen sus casos raros, hijos, sobrinos, tíos, padres degenerados, trastornados a veces por tanto dinero o tanto apellido... (yo: tanto incesto) desequilibrados que hay que apartar como en una reservación... Lo malo es que Alzirinha tiene mucho que contar, *¡demasiado!*, pero no lo sabe decir, hay que buscarle alguien que... Los del Jet Set están furiosos naturalmente,

no quieren que se sepan *ciertas cosas*... preferirían volverla a encerrar en la Clínica, han intentado secuestrarla, la chantajea, amenazan callarla en cualquier forma, quisieran comprar su silencio... *And she remains enormously articulate, she can only talk! but how she talks!* ¡Será un libro sensacional! ¡Hasta el Papa está implicado!, en serio..."

Ante mi reticencia (y nada hay más descorazonador que el entusiasmo de una sola parte, en el matrimonio, en los negocios, en las aventuras, en los viajes, en las virtudes como en los vicios), Nina agregó que Alzirinha sería su húesped, ya lo habían acordado, se quedaría aquí en su casa el tiempo necesario para registrar ese pasado con una grabadora, "lo atraparemos" (¿al pasado? ¿a mí?)... "*non si preoccupa*, los protagonistas se desenvolverán solos, ya verá, *comme il faut*, como en el caso de aquella muchacha que encontraron muerta en una playa de Italia, ¿recuerda?, ¡un escándalo!, y aquel periodista *come si chiama*"...

Historias, historias, todos me querían contar historias*, Scherezada, mis hijos, mi mujer, la sirvienta, el cura, Flavio Katz, los del banco, los noticieros de televisión, los diarios, mi vecina, ¿y qué hacía yo con las mías? (*mi historia*). En medio de tantas distracciones. Allí mismo, junto al teléfono, estaba la carta que había recibido en la oficina:

Señores con perdon de ustedes les pongo Esta Carta para acerles saber que tengo un libro En donde tengo Escrita una istoria vibida por mi mismo Esta istoria comenso cuando yo tenía dose años y la termine a los beinticinco años Esta istoria se compone de tres abenturas la primera de mi infancia y la cegunda fue que me perdí En un decierto En los Estados unidos y la tercera abenturas amorosas con una mujer biuda pero muy Rica y Millonaria esas tres abenturas las tengo En un libro de docientas ojas y tengo Escritas Ciento Nobenta y Ceís 196 ojas por un lado y otro Creo que Esta muy buena y me gustaría que me la compraran para que la publicaran En sus Revistas Señores Si ustedes se interesaran En mí libro quiciara que me Contestaran para traerla aquí con ustedes para que la bieran pueden contestarme a este domicilio Sebastian Hernadez C Calle Aldana No 10 San Nicolas y barra jalisco

Ya veremos

* En Estados Unidos —cuenta un semanario insidioso— hay tanta gente ansiosa de oír los viejos cuentos que muchísimos contadores de historias, narradores profesionales, se las arreglan para vivir de eso. Les pagan para escuchar una vez más lo del caballo mágico que puede llevar a sus jinetes adonde el corazón lo desee, o sobre el hombre demasiado perezoso para componer las grietas de su casa pero dispuesto a llegarse al Polo Norte a tapar el agujero de donde salen los vientos; los contratan en radios y escuelas. A veces estos narradores se juntan y se cuentan unos a otros.

Ya veríamos
ya veré
Ya se verá

San Miguel. El hotel Altavista

Todo lo que ya sabemos. La ausencia de quien debería estar para reconfortar y hostigar, como la mujer de Lincoln, la mujer de César, la mujer del panadero, la mujer de Lot, una lata. Un silencio de fábula. Silencio hecho de silencio, nada de esos ruiditos que suelen descomponerlo y recomponerlo haciéndolo pasar por lo verdadero, *apócrifo*. Un hombre desesperado con una frívola apatía. Un hombre que ha perdido no su mente (aún) sino su voluntad. De todos modos, ¿por qué insistir en esas excursiones ocasionales a las mentes de otros personajes? "Siempre ha tenido una especie de intuición de que por cada hora que uno pasa en compañía de otros seres humanos, se necesita por buenos el triple de cantidad de horas solo" —dijo G. En cambio C le preguntó a H sobre su obsesión con camellos y pollos como símbolos, dándole oportunidad a H de lucirse: "Fíjese bien en el ojo de un pollo, y verá la estupidez en su forma más repulsiva... El pollo es la criatura de más horror, antropofagia y pesadilla del mundo". La F dijo "nunca me aburro cuando estoy sola, me aburro fácilmente cuando estoy con otros".

Últimos ecos de alguna fiesta, lectura, impresión, gente metida hasta el cuello en este pícaro



mundo posando de alineados, atribulados, fascinados con la desolación, quitándose lo mundano como la caspa con un golpe de efecto, la incomformidad, la frase inesperada, el gusto traicionado, el disgusto hereje, la gente invocando a Fausto, una aberración tanta excentricidad. *Mea culpa. Mea culpa.*

Abajo la sirvienta alterna la demorada agonía del bebé con el juicioso manejo de las luces. El tablero está a su alcance, allí en el árbol en que se apoya o casi se recuesta. ("¿Qué toma, qué toma!", si estuviera Schere... de todos modos ella hubiera podido venir, nada incongruente, como cuando uno se arrepiente de no haber llevado a un niño a ver una película que "no tenía nada de malo", para no hablar del miedo que siento por la responsabilidad de absolver esta escena yo solo). Primero aparece iluminado el jardín, que antes, ustedes recuerdan, estaba a oscuras. Aparentemente un error. Esas luces, que de por sí falsean los arbustos y prados y senderos con sus tonalidades verdosas y anaranjadas, se apagan. Después se desvanece la del farol que enfocaba a la nana desde por encima de su cabeza. Después, uno a uno, los reflectores de la piscina. El show ha terminado.

Conjeturas

la nana, Medea delegada

una especie de *fideicomiso*

una joven madre vengadora o arrepentida

la fámula ya no daba más, como

vulgarmente no debería decirse (tampoco)

debería decirse criada ni *doméstica*)

Van a sustituir la criatura con

la criatura no es hijo de

el bebé ¿niño o niña?

Cosas del padre

cosas de Scherezada

de la madre

no

(esto ya es paranoia)

el hotelero está enterado

El Tocas

¿por qué hace tanto que no se le oye?

todos en el hotel lo saben

todos están confabulados

quieren intimidarme

menos yo

Rompo el cristal de una ventana. Rompo el silencio. Rompo mi silencio. Rompo mi aislamiento. Cogida en el acto que tal vez no iba a culminar, miedosamente cae la nana a la alberca, aferrándose al cisne de plástico, su única salvación. Con las manos crispadas ahorca al cisne.

Noche de paz, noche de amor. Casi Nochebuena. La brisa de la noche fresca de todo San Miguel entra por fin por la ventana. Ya nadie podrá acusarme de no haberme liberado. "Les juro, caballeros, que estar demasiado consciente es una enfermedad, una verdadera y esmerada enfermedad".